

el mayor desarrollo y en una estructura más fina del encéfalo. La prueba de ello es que si falta esta doble condición el hombre no puede ya adquirir el lenguaje ni los talentos distintivos de que se ha hablado. Se detiene por debajo del escalón humano. Es el caso de los cretinos, los idiotas y en general de los encéfalos detenidos en el curso de su desarrollo y cuyo peso no llega á mil gramos.

## NOTA II

### SOBRE LA ALUCINACIÓN PROGRESIVA CON INTEGRIDAD DE LA RAZÓN

Trascribo la observación siguiente, que me comunica un observador muy hábil y muy exacto. M. A. M... Habla en tercera persona, pero el amigo de que habla es él mismo.

«Uno de mis amigos, que no había tenido el sarampión en su infancia, lo tuvo á los treinta y dos años. Su médico no le trató más que con dieta (dominaba todavía el influjo de Broussais). Esta dieta duró cinco días. El enfermo, que por otra parte no sentía ningún dolor, comenzó en la segunda noche á tener ensueños más seguidos, más acentuados que de costumbre. La tercera noche, sin dormir, continuaba viendo las imágenes de sus ensueños, aún abriendo los ojos en la oscuridad; pero con la luz desaparecían. Al día siguiente, hacia la noche, las vió aparecer en su habitación, estando despierto y antes de que cerrase la noche. Al otro día, al despertar en plena luz del día, vió algunas que iban y venían por su habitación como seres reales. Sin embargo, el enfermo sabía que no eran más que ilusiones, pero

le interesaban y le distraían. Aquellas imágenes de seres se movían sin hacer ruido. Cuando tenía la mirada fija en ellas y alguien entraba en la habitación, el que llegaba quedaba momentáneamente oculto por la imagen y parecía pasar por detrás de ella cuando llegaba al punto en que estaba; pero si la mirada se dirigía al que llegaba desde su entrada en la habitación y seguía clavada en él durante su movimiento, la persona parecía como que pasaba por delante de la imagen, y la ocultaba un instante á la vista del enfermo, cuando llegaba al punto en que la imagen se encontraba. — Hasta aquí, solo la vista estaba alucinada. A la noche siguiente, el oído intervino, y, sin dormir, oía á sus imágenes tararear con una voz lejana, confusa, melodiosa, cortas frases musicales. Había luz y las veía; y, al revés de lo que ocurría al principio, cuando la luz desaparecía no las veía ya, ó por lo menos durante algún tiempo. — Por último, en la mañana del quinto día, un sentido nuevo se complicó con los precedentes, para dar á la ilusión el último carácter de realidad. Nuestro enfermo, muy bien por otra parte, y sin quejarse más que de hambre, vió al despertarse una figura graciosa, sentada cerca de su lecho, en la postura del *muchacho de la espina* (cabellera y hombros completamente semejantes), pero cuya mano derecha estaba extendida hacia el lecho del paciente ó del observador, (como se quiera) y colocada sobre el cobertor á 30 centímetros de sus ojos, es decir, completamente al lado de la cara y al alcance de las investigaciones más minuciosas de la mirada. Aquella mano era blanca, afilada, torneada, de un garbo arrebatador, con holluelos en las articulaciones de las pri-

meras falanges y sin que en ellas se pudiese distinguir vello, revestida hacia la muñeca de una aureola muy débil de luz dorada ondulante, que la hacía viva hasta más no poder «¡Qué lástima, se decía el alucinado, que no sea esto más que una ilusión!» Y evitaba el moverse, temiendo que un cambio de postura del cobertor hiciese desaparecer la mano. Pensaba que la disposición de los pliegues del tegido se prestaba á figurarla, y estaba persuadido de que, si hacía el menor movimiento, las modificaciones producidas en los pliegues del cobertor, acarrearían el desvanecimiento de aquella hermosa mano. Sin embargo, al cabo de algunos minutos, viéndola tan bien puesta y modelada, se dijo: ¡Si pudiera tocarla! Y lo más suavemente que pudo, con lentitud y precaución, moviendo debajo de la sábana el brazo que se encontraba más lejos de la figura imaginaria, lo alargó con precaución en la dirección opuesta, con objeto de sacar la mano lo más lejos posible de la que contemplaba, y de llegar á ésta por medio de un rodeo en el aire, muy lentamente, como se suele hacer para coger una mariposa; esperaba ver que la mano volaba antes de tocarla, pero no hubo tal; los lijeros pliegues del cobertor que se hicieron á pesar de sus cuidados, durante esta magna operación, no modificaron en nada la apariencia de aquella mano encantadora: he aquí que la suya está á punto de poder cogerla. Pero entonces duda y se dice: «Es claro que no cogeré más que los pliegues de mi cobertor y ¡adiós ilusión!» Después de alguna incertidumbre, se decide, sin embargo. Su brazo en suspenso se acerca; con la punta del dedo toca la mano. ¡Oh sorpresa! La siente tal como la vé; extiende todos

los dedos y los pasa suavemente por el dorso de la mano mágica, cuyos contornos, cuya resistencia flexible y firme, cuya piel fría y tibia responden fielmente á la ilusión de la vista. Entonces, con la mano desplegada, abarca completamente aquella mano más pequeña, la siente en la suya. palpa aquellos dedos, aquel pulgar, aquellos tendones, recubiertos de una piel fina, vaporosa y dulce; llega á la muñeca, fina y bien hecha; siente perfectamente la cabeza del radio y busca el pulso; pero entonces la figura á que pertenece aquella mano quimérica le dice con una voz fresca, infantil y sonriente: «No estoy enfermo».—El acostado iba á preguntarle: «¿Quién eres?» Cuando entraron en su cuarto, llevándole un caldo. Lo tomó; su dieta había terminado y con ella las alucinaciones; pero piensa que, de haber continuado, sus agradables quimeras hubiesen respondido cada vez más á las buenas disposiciones que empezaba á sentir hacia ellas, y que por último hubiese podido sostener con ellas relaciones de todos los sentidos juntos, sin asegurar, sin embargo, que hubiera podido mantenerse el testimonio imparcial de su inteligencia.»

### NOTA III

#### SOBRE LA ACELERACIÓN DEL JUEGO DE LAS CÉLULAS CORTICALES

De Quincey, *Confessions of an opium-eater*, pág. 83: «Una parienta próxima me contó un día que en su infancia, habiendo caído á un río y estando á punto de perecer, vió resurgir en un momento su vida entera desplegada y alineada ante ella simultáneamente como en un espejo y que encontró la facultad, igualmente repentina, de abarcar juntamente el todo y cada una de las partes».

De Quincey y otros bebedores de opio han observado en sí mismos esa facultad de vivir mentalmente, durante un sueño de algunos minutos una vida de varios años y de varios cientos de años.

En 1815, M. de Lavalette, encarcelado y condenado á muerte se hizo contar todos los pormenores del suplicio, la *toilette*, etc., con objeto de desgastar por anticipado la emoción y de estar más firme en el último momento. Inmediatamente tuvo el siguiente ensueño:

«Una noche estando dormido, la campana del